



Happy endings

Carlos M-Castro

© UNAN-Managua

Recibido: mayo 2016

Aprobado: junio 2016



No sé por qué Lucrecia me duele tanto. Tres años y aún pienso que todo fue mi culpa: su decisión de ir como fotorreportera pese a saber que la tenían fichada; los infiltrados del Movimiento Antilúdico que provocaron a las autoridades; la lluvia de balas sobre los manifestantes.

Mi rutina me obligaba a escribir cada mañana al menos una página y luego publicarla en el blog, y ese jueves de mayo, no en París ni con aguacero, sino en Managua y rozando los 40 celsius, Lucrecia salió insultándome de mi departamento y se fue en su carro a donde empezaban a aglomerarse los estudiantes para la protesta.

Es verdad que no debí escribir sobre la Banda del Pico Rojo ni vincularla a ella; pero cómo saber que el Gobierno tenía acceso remoto a mi disco duro. A las seis de la mañana llamé a su casa para pedirle que leyera mi crónica. ¡Mandame la chochada por correo! Mejor venite, Lucky, en serio, no sé si sea prudente...

21

Unos meses antes Educación y Hacienda habían presentado al Parlamento un proyecto de ley para, entre otras cosas supuestamente progres, quitarles fondos a las universidades públicas y obligarlas a someter sus planes de estudio a revisión ante el Estado. Las protestas iniciaron el mismo día.

Freddie Quesada, rector de la Autónoma, hizo circular a mediodía un borrador de manifiesto para que los estudiantes lo discutieran y suscribieran, tras modificar lo que hiciera falta. Carlos Villa, que estudiaba Antropología ahí mismo, y Fernanda Seledón, que iba en tercero de Filosofía en la Centroamericana, se movilizaron recinto por recinto y fueron diseñando un plan de lucha con liderazgo espontáneo. Los sindicatos de maestros se solidarizaron con su causa y muchos artistas pusieron sus talentos al servicio de los estudiantes.

Al caer la tarde los sitios web de Educación, Hacienda, el Parlamento y los medios de comunicación que ocultaban lo que sucedía habían sido intervenidos y en varios de ellos podía leerse el Manifiesto de Marzo. Era viernes y por la noche bandas y solistas dieron un concierto en el Parque Central de Jinotepe, al sureste de Managua, ante la negativa del Distrito Capital de permitir el Festival Urgente para una Nicaragua Libre.

La efervescencia se mantuvo ese fin de semana, del 23 al 25; los estudiantes se mantuvieron a salvo de represiones por ser el trending topic. Las redes sociales

hervían en la web. El lunes siguiente paredes de vías principales amanecieron pintadas con grafitis de consignas en la capital y nadie pudo cerrar la boca frente al monumental esténcil sobre la Gran Autopista a Masaya en el que Rubén Darío se disparaba con un paraguas en la cabeza, de donde brotaban pétalos de sacuanjoche que llegaban a tapizar incluso parte de la fachada del edificio Pellas.

El ambiente general era tenso y a partir de ese día el transporte colectivo se fue a paro parcial, dejando de atender las rutas que conectaban con las universidades y bloqueando de hecho el acceso a ellas. La Policía Patriótica salió a las calles y en avenidas principales y centros de comercio podía verse grupos de tres, cinco, ocho oficiales cargando a veces armas de gran calibre.

Toda esa semana hubo que circular con un permiso firmado por el Jefe de Área Vecinal correspondiente o una orden de asistencia laboral extendida por el centro de trabajo de cada quien. Las clases en los institutos se suspendieron y los estudiantes de bachillerato marcharon cada día en reclamo por un aumento en la asignación presupuestaria a su sector. No hubo ningún incidente.

A comienzos de abril Fernanda y Villa fueron detenidos por la Patriótica, acusados de posesión y expendio de estupefaciones y fraude fiscal. Quesada aparecía a diario en radio, televisión y prensa escrita protagonizando historias de acoso

sexual, sodomía, malversación de fondos y delirios de grandeza. Marzo ya era historia antigua.

A finales de mes, tras peticiones, reclamos primero y al final incluso ruegos, para lograr la liberación de los presos, que ya eran más de diez, la Banda del Pico Rojo convocó a la Marcha Nacional de los Pies Desnudos: una caminata sin zapatos desde la Plaza de las Victorias hasta el Parlamento, que por entonces estrenaba edificio al sur de la ciudad, en la lujosa zona que el progreso revolucionario había por fin traído a nuestra amada Patria.

Varios afiches fueron subidos a la web e impresos para ser repartidos por la red de prostitutas aliadas del Pico Rojo y los vendedores de agua helada y huelepegas reclutados. A mí —arrastrado por Lucrecia— me tocaba redactar notas sobre el movimiento estudiantil («y de liberación») que publicarían en agencias internacionales durante los días previos a la manifestación.

A Lucrecia la conocí a finales del año anterior, en 2011, en una exposición de arte queer a la que fui por insistencia del Sueco, en el cine July, cerca de mi departamento. ¡No seás boludo, Ernesto!, a esos eventos llega mucha niña esnob disfrazada de lesbiana, llegan en pares, una más rica que la otra, buscando en realidad una polla lo suficientemente grande para embrochetarlas. Traté de



disuadirlo diciéndole que más bien algún travesti o transexual le iba a salir y a lo mejor y hasta le gustaba, pero él insistió y alegó que tenía el mejor ojo de toda Managua. ¡Ojo clínico!, a mí ningún marica me lo da con el dedo, Ernesto, por muy oscuro que esté el lugar y muy arregladita que se ponga la pendeja.

La actividad la había montado Mariane Estrada con el Colectivo MorbosintaXXXis y se exponían piezas de toda Centroamérica y parte del Caribe. A Mariane me la había encontrado semanas atrás en el estreno de El pueta descalzo, película basada en una novela de Lizandro Chávez Alfaro, y en esa ocasión me invitó a la expo, recordándome sutilmente un favor que le debía. O vas al July hoy, o le terminás haciendo el favor a esa maje, me sentenció el Sueco, que sabía de unos votos ridículos que había hecho desde la última relación desastrosa que tuve.

Apenas franqueamos la entrada, decorada como una inmensa vagina de látex que era imposible no rozar (el Sueco, que es flaco y alto, cabeceó intencionadamente el clítoris que hacía de dintel), oímos unos gemidos, sonido que se activaba cada vez que alguien atravesaba los labios carnosos y que duraba todo el recorrido del pasillo hasta el interior del July, que normalmente funciona como cine porno.

—¡Ernie, cariño! —me interceptó con los brazos en V, la cabeza enmarcada por guirnaldas azul eléctrico, un conocido mío para quien yo resultaba ser eso que llaman BFF, a falta de alguien más cercano que tuviese una pizca de mi paciencia y

25

buenos modales. Ricardo, que usaba el nombre artístico de Chantilly y medía como metro y medio, se me colgó del cuello y me arrastró hacia el espacio donde estaba su instalación, ignorando sin pudor al Sueco, quien caminaba hacia otra dirección mientras me mostraba sus pulgares y me sonreía y levantaba sus cejas.

—Tomá, te ves cansado. —Ricardo me alargó un vaso.

—Está bien rico. ¡Probalo! —Una mujer con un minivestido hecho de bolsas para basura apareció a mi lado. Su cabello, corto y fucsia, estaba lleno de escarcha.

—¿Ves esta puerta? —Ricardo señaló una especie de habitación que en realidad era una inmensa caja de cartón, como esas cabinetas para tomarte fotos, a la que daba acceso una puerta improvisada con más plástico negro—. Te conduce hacia lo que deseás con más ardor.

Había terminado mi bebida y la mujer fucsia me quitaba la camisa.

—Mi instalación consiste en la satisfacción plena del mayor de los deseos — susurraba mi conocido—. Y vos vas a ser el primero en beneficiarse de mi arte.

A medida que me hacían entrar, mi cuerpo se aligeraba, mis pensamientos se adelgazaban y expandían, dejando mi cabeza vacía. Sentía un intenso calor. Y experimentaba una erección monumental.

26

La mujer me había desvestido por completo. Yo me prestaba dócil al juego. Dentro de la caja, permanecí inmóvil. Hubo silencio. Estaba completamente a oscuras. De pronto sentí una mano apretarme una nalga. Otra me acariciaba una mejía. Y otra más me sopesaba los testículos. La mano de la nalga se duplicaba. Mis pezones eran pellizcados gentilmente. Y al mismo tiempo una mano más sujetó mi pene. En mí solo fluía placer.

Abrí los ojos y me vi acostado, vestido y con zapatos, sobre una enorme cama. Una cortina ocultaba un sol vespertino que casi se hundía en el horizonte; me di cuenta porque, apenas desperté, alguien la recorría y me empezaba a disparar una retahíla de palabras al principio incomprensibles.

—No te entiendo.

—Que si te sentís bien. ¿Te-sen-tis-bién? No jodás, para ser escritor tenés una capacidad lingüística demasiado limitada. Yo no sé cómo es que a vos te paran tanta pelota, si sos apenas útil en sociedad, sos como un chavalito.

Eso último lo dijo gritando desde el baño, que estaba dentro de la habitación y desde donde empezaban a escucharse algunos pedos fofos.

27

—Si te sentís incómodo, salite a la cocina a buscar comida o café —volvió a gritar—. A los hombres les cuesta aceptar que las mujeres también cagamos. No sé, maje...

Ya no la seguí escuchando. Decidí salir. Al llegar a la cocina, me di cuenta de que estaba en una casa absolutamente desconocida para mí; se trataba de una casa de familia, sin duda, por los retratos colgados en las paredes, el comedor de varias plazas, la refri llena y ordenada; en fin, estaba en la casa de la familia de alguien, pero ¿de quién? La chica que recién me había atacado con sol, palabra y flatulencia no me sonaba a nada.

Me serví agua helada y al instante había acabado una jarra y procedía con otra, mientras trataba infructuosamente de reconstruirme la noche anterior y conjeturaba cómo había terminado allí.

—¡Maje, ese hijueputa sí se puso bien loco! —Una voz ronca de mujer interrumpió mis cavilaciones. La conversación me llegaba en sordina, apenas distinguía palabras sueltas. La otra persona respondía con monosílabos; se oía la primera voz casi como soliloquio, desde fuera del inmueble.

Dejé de escuchar por unos segundos y de pronto me espantó una voz a mis espaldas:

—¿Te culeaste a la Lucrecia?

28

Me quedé viendo seguramente como imbécil a la propietaria de esa voz ronca que me increpaba. Antes de poder adivinar que me hablaba a mí, prosiguió sin respirar:

—¡No, hombre, si estabas hecho un zombi! ¡Qué ibas a poder hacer ni mierda! De seguro ni se te paró. —Al notar mi desconcierto, se quitó unas enormes gafas oscuras que llevaba entre su diminuta nariz y su frente pronunciada—. Soy Selene, maje, estás en mi casa; la Lucrecia te



trajo a medianoche y me dijo que no te podía dejar en ese estado, que te halló a media calle en pelotas ahí por el lado de Santera, tenés suerte, hijueputa, te hubiera llevado la Patriotera; esta maje llevó la cuenta del Premio Nacional de Narrativa que ganaste hace poco y te reconoció. Vos sos Ernesto Martínez, ¿no?

Apenas pude asentir con la cabeza, al tiempo que me incorporaba.

—No te levantés, niño, quedate hasta recuperarte, la Emi viene ahorita con una ropa más apropiada, te bañás, te cambiás, comés algo, chill'in!

Apenas entonces noté que llevaba puesto un pantalón de tela aguada, como tres tallas más grande que la mía, una faja que más bien parecía cordel para tender ropa, zapatos tenis de mujer y una camisa como bata de doctor, sin calzoncillos.

29

—La Lucrecia te puso eso para no andarte en bolas en la calle; te recogió, pero no te trajo ahí nomás a la casa, tenía que hacer otra vuelta. No creás que siempre anda lista con ropa en el carro por si encuentra un ejemplar como vos; de casualidad andaba esas mierdas que le dejó una bróder que hace teatro.

Intento ahora frankenstainizar a esa mujer por la que llegué a sentir algo desmesurado, más intenso que el ardor después de un mes sin coca, algo que desborda el cerco cruel de la mentada realidad, algo que no sé si atreverme a llamar amor.

Lucrecia conduciendo a toda prisa.

Lucrecia pisando intestinal el acelerador.

Lucrecia yendo hacia la hoguera.

Pasó casi una hora desde que dejó mi departamento; en ese tiempo, tras lograr recuperar mi voluntad de acción, texteeé a la gente que compartíamos en ese universo catatónico creado a partir de nuestras neuras: ¿sabés de Luck?, ¿has visto a la caminante del cielo?, estoy preocupado, prix; mensajes de ese tipo.

30

Nadie sabía de ella y su celular rechazaba mis llamadas. La protesta había empezado y yo observaba todo desde la comodidad de mi smartphone.

Salvadora del hombre. Lucrecia siempre odió su segundo nombre. Alejandra es nombre de hombre, maje; y esa paja de los significados y el destino, pura chochada... Siempre le recordaba lo que había hecho por mí aquella noche. Te quería coger, prix, ya te había visto en las redes y verte empelotado me motivó más. Yo la conocía, lo habría hecho por cualquiera.

Desesperado, decidí ir a la manifestación; salí del departamento y en las escaleras me interceptó el Sueco.

—¡Loco, loco!, ¡perdoname! Vos sos mi hermano, vos sos mi hermano. —Se lo miraba muy alterado, yo sabía que en los últimos meses había tenido recaídas alarmantes en su consumo de meth, pero estaba demasiado alelado con Lucrecia como para hacerme cargo—. ¡No vayás a la marcha, Ernesto! Yo no quería, yo no quería, yo no quería.

El Sueco me confesó que se había enrolado en un grupo de fanáticos que era algo así como el brazo armado intelectual del Partido: el Movimiento Antilúdico; unos locos que se creían iluminados y llamados a establecer las líneas ideológicas que debían regir a la Patria. Como mi amigo, eran lectores voraces y casi igualmente

31

avorazados con toda clase de estimulantes. Para expandir la mente, Ernesto, solo eso, solo eso, solo eso...

Así supe cuál era el plan para ese día. Envié un mensaje con tono urgente a Lucrecia; finalmente me llamó, me dijo que aún no llegaba. Pasé primero buscando unas varas por mi casa. No vayás, no vayás, Lucky, no vayás; quedate ahí, yo te busco.

Dejé al Sueco en el departamento, con suficientes calmantes para que no hiciera alguna estupidez, y me fui. Doña Lucrecia no está, salió como pedo de mula hace un ratito. Reemprendí la marcha, pero Lucrecia me llamó antes de que avanzara más de dos calles. ¡Llegué tarde, Ernesto! ¡Toda la Banda, maje!, ¡toda la Banda!, ¡es mi culpa, es mi culpa, es mi culpa! Te amo.

Al día siguiente su carro apareció en un barranco camino hacia Carazo.

32